

La curiosidad mató al pingüino

Dante Samuel Pizarro Oyarzún

A principios de septiembre, una cría rompió su cascarón. Un pingüino con una curiosidad abrumante se volvía parte de la colonia de pingüinos emperadores. Tan pronto como empezó a ser independiente de sus padres, se escabullía intentando llegar a las afueras del territorio, pero lamentablemente siempre era detenido y regresado a la fuerza a la colonia por los demás pingüinos.

A medida que crecía se mantuvo distinto a sus pares. Pese a verse igual al resto, su comportamiento siempre lo hizo destacar, nunca encajando en la colonia, como si hubiera una muralla en medio. Esa distancia le hizo centrarse en su soledad, y para cuando llegó el momento en el que el resto de los pingüinos empezaba a emigrar preparándose para la época de apareamiento, él solo se limitaba en seguir al grupo, nunca interesando en ello.

En estos momentos de especial soledad la curiosidad de su niñez volvió a resurgir. Ahora que era un adulto solía irse por un par de días a explorar los alrededores del desierto antártico, siempre asegurándose de regresar a su colonia, con ese terror en el fondo de su mente a tardar demasiado en volver y regresar a un lugar vacío. Pese a no considerar esa colonia como su hogar, el miedo abrumador de estar completamente solo siempre le incitaba a regresar, inclusive si no estaba satisfecho con su viaje.

Pero un día, esa sensación de regresar no llegó nunca. Al momento en el que notó cuánto se había alejado de su colonia supo que iba a ser complicado regresar, pero a la vez tampoco sentía esa necesidad de volver. Por primera vez se sentía libre. Esto le incitó a seguir con su viaje, aunque esta vez una tormenta de nieve lo desvió de su camino, acercándose al océano. Allí es cuando se sumergió, buscando satisfacer su hambre y escapar de la ventisca. Lo que el pingüino no sabía era que ese territorio estaba infestado de focas leopardo. Y menos notó cuando a la lejanía una criatura empezó a acecharle. Mientras se saciaba con los pocos pescados que lograba cazar, una foca del doble de su tamaño se acercaba más a él. Al momento de dar media vuelta para regresar a tierra firme se topó cara a cara con su depredador. Para cuando las fauces de la foca estaban abiertas de par en par supo que no regresaría a su colonia. Y allí es cuando maldijo la curiosidad que tanta libertad le dio, pero que a su vez lo llevó al lugar equivocado.